

La semilla de don Quijote*

Pocas veces sucede a este cronista el recomenzar una novela que debe comentar nada más terminarla. Es prueba peliaguda a la que obliga la obra misma y que puede servir para vernos desmentidas algunas cualidades que por afinidades íntimas o por coincidencia en las cosmovisiones la primera lectura había impuesto. Cuando ambas lecturas coinciden, cuando la segunda de ellas reafirma y amplía lo extraído de la primera, podemos llegar al convencimiento de que nos encontramos ante una novela importante que nos habla de cosas importantes mediante la belleza furiosa de las palabras (al menos para los letraheridos así será): la vida, la muerte, el amor, la verdad, la imaginación, la justicia, la libertad, la importancia de soñar lo imposible como motor para huir de la mediocridad cotidiana, el estar siempre contra el poder, sea cual fuere la naturaleza de éste... grandes palabras e ideales carcomidos y corrompidos en bocas de muchos que solo nos creeremos en la ficción cuando vengan encarnados en personajes de carne y hueso, traídos al lector

con fuerza y con ternura, que se eleven de la página y los sintamos tan vivos, quizá más que nosotros mismos.

Perdonen esta presentación algo íntima, pero lo que he pretendido es hacer un elogio de la última novela del poeta, ensayista, narrador, articulista, diarista y tipógrafo exquisito Andrés Trapiello (Manzaneda de Torío, León, 1953), polígrafo irredento, que en *Al morir don Quijote* realiza un ejercicio metanarrativo sobre los avatares y sobre las relaciones de la vida y de la literatura, sobre la fuerza de ésta sobre aquélla, que se cierra en magno canto a la justicia y a la libertad.

Se engañarán quienes vean oportunismo del autor a la hora de publicar su novela en vísperas del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de la obra cervantina. Trapiello ya dio a las prensas hace algunos años una *Vida de Cervantes*, así que sabe de la madera que está tallando.

Su novela de hoy arranca justo con la muerte del hidalgo, donde concluía tan emotivamente la segunda parte de sus aventuras. A partir de aquí, con un costumbrismo detallístico que nos sumerge de lleno en el universo recreado (vestidos, usos y costumbres, parlamentos de los personajes...), el autor amplía el conocimiento de las vidas de varios personajes secundarios de la obra primera, que

* Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote*, Destino, Barcelona, 2004, 412 pp.

pasan aquí a convertirse en protagonistas absolutos (excepción hecha de Sancho, que ya lo era con anterioridad). Nos referimos al ama, enamorada secretamente durante años del hidalgo fallecido, de la sobrina Antonia, arruinada por la mala cabeza del tío y enamorada a su vez del bachiller Sansón Carrasco. Con ello Trapiello viene a demostrar que no hay vidas pequeñas si se sabe transmitir lo poco o mucho que de ellas se aprende, que «en la vida tanto como vivirla está el saber contarla».

Pero más allá de las peripecias que apuntalan el sólido argumento, cargado de justicia poética, y por el que nunca se pierde el interés porque contiene equilibradamente lances de amor, de humor, de sufrimiento radicalmente humano y de reflexión metaliteraria (el prestigio enorme de los libros, la necesidad de la mentira dulce de la lectura, el ansia golosa de inmortalidad que promueve el ver la vida propia en letras de molde...), *Al morir don Quijote* descuella temáticamente en su apuesta decidida por la justicia y por la libertad como únicas herramientas válidas para moverse por el mundo con dignidad, encarnadas en la sombra del recuerdo de Alonso Quijano y la fértil semilla que dejaron sus actuaciones en la tierra. Su raro ejemplo de bonhomía, valentía, entereza, búsqueda

absoluta de la libertad y voluntad de servicio a los demás, cuaja y se expande en sus familiares y amigos. Más allá de su locura, Quijano demostró su recta intención y su portentoso ánimo ante el sinfín de adversidades con las que tuvo que batallar.

Por otra parte, hay que subrayar la lengua en la que está escrita la novela. Trapiello ha acertado a recrear un lenguaje híbrido, muy cercano al de la época cervantina (incluye en su texto sin distorsión fragmentos del *Quijote*) acercándola a la nuestra con giros y expresiones actuales de poco uso cotidiano. El resultado es un texto que brota con transparencia, fluidez y amenidad, y hace que el lector, tanto por los acontecimientos como por las enseñanzas que en esa lengua se ofrecen, se quede con ganas de más. En este sentido, no se descarta continuación de tan valiente novela (porque valiente y muy consciente de su talento ha de ser quien trata de emular al mejor), ya que *Al morir don Quijote* tiene un final abierto que promete nuevas aventuras (los personajes se embarcan hacia las Américas en busca de fortuna, en lo que vemos otro acto de justicia poética, ya que éste es un extremo que a Cervantes siempre se le negó).

En fin, no se pierdan esta novela porque nos habla con verdad humana de los altos ideales caba-

llescos que defendió don Quijote, hoy tan desvanecidos, y que hizo crecer en los suyos, y porque es un excelso homenaje de Trapiello a Cervantes, lo que es lo mismo que decir un homenaje a la literatura perenne, la que instruye y deleita más allá del tiempo.

Marcos Maurel

Los viajes de Pardo Bazán*

Viajera impar en la España de su época, y escritora que reflejó sus experiencias nómadas en varios libros —*Un año en París* (1876), *Mi romería* (1888), *Al pie de la Torre Eiffel*, y *Por Francia y por Alemania (Crónica de la Exposición)* (1889), *Cuarenta días en la Exposición* (1900), *Por la España pintoresca: viajes* (1894), *De mi tierra*, *Por la Europa católica* (1902) y *Mondáriz, Vigo, Santiago: guía turística* (1912), en colaboración con otros autores— de ellos se recogen ahora en este volumen las más impor-

tantes crónicas de doña Emilia en Europa.

Viajó llevando «la curiosidad por guía y por ley el capricho», según confiesa, y enseguida comprueba el lector, dado que en las *Crónicas de la Exposición* la autora habla siempre desde una situación privilegiada, como asimismo ella admite, no sin un deje de vanidad y orgullo, al menos en comparación con «mis vecinos del barrio de Salamanca» que aquel verano acudían a París acaso tan sólo por seguir la moda: «Yo, en cambio, estaré en mi elemento. Acostumbrada a viajar y familiarizada con París por largas residencias, cada cosa se me representará en su verdadero horizonte, y el París moral e intelectual (el que no se ve con guías ni en un mes), se destacará de nuevo para mí sobre el murmullo ensordecedor del gran Certamen», afirma.

No estamos ante el habitual libro de viajes artístico-histórico-monumental, sino ante unas crónicas que atienden a lo real presente e inmediato, que, aquel año de 1889, tenía como emblema la Torre Eiffel, y de ahí que un buen número de entregas giren en tomo a la emblemática novedad. Pero, buena lectora de Feijoo, la escritora gallega despliega una serie de recursos para poner la variedad al servicio de la amenidad, rasgo destacado tanto en el plano formal como temático, pues existen

* Emilia Pardo Bazán: Viajes por Europa. Editorial Bercimuel. Colmenar Viejo, 2004.

en estas *Crónicas piezas* que son crónicas propiamente dichas –de la actualidad política o de los diversos eventos de la Exposición–, narraciones de viaje –que incluye el relato del desplazamiento y el trayecto inicial, el viaje por Suiza y Alemania, los paseos por la explanada de la Exposición y sus pabellones, con la pormenorizada descripción de los mismos–, piezas de ensayo y crítica literaria –las dedicadas a la novela *El discípulo* de Paul Bourget o a la obra de Eça de Queiroz, más los capítulos finales sobre la poesía y el teatro actual en Francia–, biografías o si se prefiere «efigies», dada su brevedad y lo que tienen de retrato, –la de Thomas Alva Eddison–, reseñas de libros –la de la expedición al Chaco, recién publicada–, retazos autobiográficos, tanto del pasado (evocación de anteriores viajes de la autora o la extensa relación de la tertulia de los Goncourt y la amistad que les unía) como del presente, junto con la epopeya histórica, referida a los distintos sucesos relacionados con la Revolución Francesa, cuyo centenario se celebraba durante aquella Exposición de 1889, como la Toma de la Bastilla, la leyenda en torno a la enigmática Máscara de Hierro encerrada en el torreón o la aventura de Latude...

Y, como no podía ser menos, también encontramos tratadas aquí una serie de cuestiones que

atañen a la condición femenina, de entre las cuales destaco la crónica dedicada a hablar de «trapos, moños y perendengues», con una divertida defensa de la *divided-skirt* o traje partido (traje pantalón), que la esposa de un diplomático yanqui lucía en el evento, provocando la consiguiente polémica.

La contundente y poderosa visión personal que guía la mirada del narrador hace que la Pardo Barzán sea muy selectiva en los asuntos tratados y libérrima en el enfoque o juicios y opiniones que éstos le merecen. Como buena viajera que fue, su experiencia le aconseja recomendar a sus lectores que al recorrer un país prescindan de los prejuicios adquiridos; que viajen, por decirlo así, con los ojos, el corazón y la cabeza propios; y no con fardos ajenos. Es lo que ella practica y lo que le permite extraer de lo real algunas de las interesantísimas visiones que he mencionado. Añadiré una última: su intuición del potencial pedagógico de los materiales visuales y la certidumbre de que nos escaminábamos hacia la sociedad, si no aún del espectáculo, sí de la imagen.

Por último, hallamos en este libro una excelente muestra de una de las facetas menos conocidas de doña Emilia, a pesar de que constituye una parte importante de su creación. Me refiero al